



Maria Antonieta

lipo V y Fernando VI, y que tan fácilmente suele contraerse, como ciertas enfermedades en las alturas del planeta allá por las alturas del trono. A un joven así, engendro muy triste de la decadencia monárquica, dejaba Luis XV, aquel sátiro con corona, el legado de su nombre, con la necesidad de presentarse ante la conciencia universal herida, ante la Historia indignada, ante la sociedad en delirio, á responder de sus vicios y de sus desórdenes. Cuando se ve aparecer en la escena trágica de la política tan pobre joven con tan pesada carga, se siente, por impulsos compasivos y humanos, necesidad de maldecir al viejo egoísta que le transmitiera el peso abrumador de fatalidad tan tremenda. Nunca se probó más claramente que la bondad nativa, la virtud privada, la benevolencia inagotable, todo aquello que en el trato doméstico ayuda grandemente á las relaciones de la vida ordinaria, no sirve para la vida pública, cuya naturaleza exige condiciones más duras y virtudes más eficaces, sobre todo, la doble virtud de la resolución y del valor. Nunca Rey mejor intencionado por su naturaleza, ni más infeliz por su bondad misma conoció la Historia. Nunca hombre más deseoso del bien ni más en pugna, por su educación y por su alcurnia, con el mismo bien que deseaba. Las voces dadas por su conciencia quedaban perdidas y ahogadas en el tornavoz de su trono. Los impulsos de sus sentimientos se estrellaban contra las exigencias de su posición. Cuanto le mandaba lo que tenía de hombre y de ciudadano, lo ahogaba lo que tenía de Rey. Su educación de príncipe predestinado al privilegio, pugnaba con todos sus instintos, y por una fuerza ciega de la fatalidad, quedaban sus más generosos impulsos sujetos á las necesidades de la institución que creía haber recibido del cielo para conservarla en toda su integridad. Nunca hubo ni mejor hombre en su casa, ni peor Monarca en su trono. Era figura decadente por excelencia. En los días tristes de la Historia mucho abundan estos prototipos de la política. Recordad el último representante de Roma y del Imperio Augústulo, á quien la casualidad inconsciente había puesto dos muy expresivos nombres, el nombre de quien fundó á Roma y el nombre de quien fundó la dignidad cesárea. Un Rómulo Augústulo fué Luis XVI.

Pues trágica, mucho más trágica que la figura de Luis XVI, la figura de María Antonieta. La crueldad de los hados implacables aparece mayor en las mujeres que en los hombres. La hermosura y la delicadeza del sexo á quien llamamos débil, debía servir de verdadero escudo á las pobres mujeres contra la terrible desgracia. Más desgraciada que Luis XVI aún, su trágica esposa, ¡María Antonieta! ¡Cuán difícil juzgarla! Es una Reina que pasa del palacio á la Conserjería, del trono á la guillotina: una esposa que recibe en su anillo de boda el reino más hermoso á la sazón del mundo, y luego recibe de manos del verdugo las raídas tocas de su desolada viudez; una princesa imperial, á quien han educado en lujo y abundancia: la mujer más elevada y más fuerte de su tiempo para la majestad y á quien han maltratado y escupido las muchedumbres airadas hundiéndola en húmedos y oscuros calabozos; una madre que adoraba á sus hijos y que los vió arrancados á su re-

gazo y convertidos en instrumentos de su proceso y de su deshonra; una joven hermosísima que creció en el armiño y en la púrpura para tener hambre y frío, coserse y remendarse la ropa, recoger los insultos más groseros, devorar las injurias más soeces hasta ir al cadalso en carreta y mezclar sus huesos olvidados en la tierra común, en la fosa de la miseria y de la pobreza sin una oración y sin una lágrima; horrible tragedia, la cual exigiría, para ser referida en toda su desgarradora tristeza, los sollozos de Job y las lamentaciones de Jeremías, esos poetas plañidores de las majestades arruinadas y de las grandezas caídas. Y no he ido vez alguna á la Conserjería á visitar sus góticas prisiones que no haya visto á María Antonieta en su cuna de oro puro y en su cadalso de ensangrentadas tablas; con su cuello de garza, tocado ayer por los diamantes y hoy por la cuchilla; con su traje de terciopelo carmesí bordado de oro y su sayal de tosca lana remendado de andrajos; en su Trianon circuida de cortesanos que la adoran y en su cárcel rodeada de soldados que la insultan; yendo al trono entre nubes de incienso y á la muerte entre estallidos de blasfemias; adorada y querida como una diosa, muerta y enterrada como una bestia. Los antiguos, tan admirables expositores del terror trágico, hacían bien sosteniendo que el despeñarse de enormes alturas á profundos abismos produce en cuantos contemplan tanta desgracia un escalofrío indecible de compasión y de pena. Los que hemos nacido en la pobreza y en la pobreza nos hemos criado, no experimentamos en estos cambios bruscos de la suerte estremecimientos tan rudos y golpes tan fuertes como aquellos que han nacido y se han criado en la cimera del poder y de la fortuna. Así, yo sostengo que en todas las almas compasivas produce, por superstición si queréis, pero también por necesidad ineludible, mayor compasión, que tantas otras desgracias, las desgracias de María Antonieta. Es, por consiguiente, cosa tan difícil acercarse á esa personalidad histórica, verla en su hermosura, oirla en su amargo sollozar, y juzgarla sin pasión y sin enternecimiento. Mas la Historia tiene sus exigencias, y la primera es no excusar ningún juicio, no desconocer ninguna responsabilidad, no desmentir ni un momento la severa justicia. Acerquémonos á juzgarla después de haber compartido sus penas y llorado sus infortunios. No solamente los poetas antiguos, sino también nuestros poetas dramáticos anuncian con algún horóscopo las tristezas de aquellos personajes heridos con herida indeleble por la férrea mano de la fatalidad, y destinados á perecer en una catástrofe. María Antonieta nació el año de la horrible fatalidad, del terremoto que arruinó á Lisboa. En las fiestas de sus bodas sucedieron desgracias inenarrables: doscientas personas quedaron ahogadas y muertas. Cuando nació su primera hija, en el acto mismo de su bautizo, y en presencia de toda la corte, su cuñado el conde de Provenza, que servía de padrino á la regia niña, murmuró ante el clero, ante la nobleza palabras contrarias á su legitimidad. Cuando nació el Delfín, su último hijo esperanza de la dinastía, regocijo de Francia, retardáronse tanto las fiestas de rúbrica por su natalicio, que la Reina se quejaba diciendo cómo los señores magistrados de París no darían

el baile de tradición hasta que no pudiese el príncipe bailar. Mil veces, en aquellas fiestas locas á que se daba con tanta imprevisión y hasta ligereza, ruidosas pero no criminales, siniestros presentimientos cruzaron como negra nube por su delirante alegría y obscurecieron su natural inocente regocijo. Parecía uno de esos protagonistas de la tragedia griega, cuyo desastroso fin allá en el último anuncian horóscopos y oráculos desde los actos primeros.

Y una gran parte de sus desgracias se deben á inexcrutable fatalidad. María Antonieta había sido un instrumento político entregada á Francia. Su soberbia madre no la dejaba vivir en los días preparatorios de su boda, pintándole dos cosas: los horrores de la corte de Versalles y los altos destinos políticos que debía cumplir con su casamiento. Aún no tenía quince años la pobre niña y ya le llenaba la cabeza de estas terribles historias en aquel palacio de Viena donde andaban sueltas las brujas por las noches. Dos ideas se le quedaron grabadas en la mente á la que debía ser pronto reina de Francia: primera, las dificultades que en su nueva posición la aguardaban; y segunda, la obligación que tenía de servir á su madre y á su patria. La *Austriaca* la llamó el pueblo con ese instinto de adivinación que le distingue, y *austriaca* quedó durante toda su vida, á pesar de ser, por su padre, de origen y hasta de carácter francés. Hemos visto muchas princesas, quizás la mayor parte, que han olvidado bien pronto, elevadas á un trono, la patria de sus mayores por la patria de sus esposos y de sus hijos. No hemos visto ninguna tan adherida á su prosapia, á su gente, á su familia, á sus padres, á sus hermanos, como la infeliz reina de Francia. Siempre se creyó en Versalles un agente del Austria. Y la cuna y el trono, en que naciera, proyectaron terribles sombras en su cadalso y en su sepultura. Todos la hemos visto, porque sus retratos abundan. Hermosísima; de gallarda estatura, de gracia comunicativa, los hombros anchos y de talle angosto; blanca y sonrosada como una figura del Pusino; el pie breve y brevísima la mano; azules sus ojos y rubia su cabellera; de boca franca y de albos y brillantísimos dientes; la nariz grande, pero admirablemente dibujada; reunía en su persona indecibles gracias. Ligera, gárrula, sensible, inconstante, imprevisora; de poco apego á la etiqueta y á la ceremonia; de mucho culto por la dignidad real, á pesar de cierta tendencia incontrastable á descender y á confundirse con los plebeyos que le había inspirado su siglo; amiga hasta el delirio de toda clase de diversiones; fiel á su marido y amante de sus hijos, diga lo que quiera la maledicencia de los partidos; en sus palabras poco cauta y en sus maneras poco recatada; tuvo la desdicha de provocar muchas enemistades y de llamar por su frente ceñida por esas diademas de oro que tanto atraen el rayo, la explosión de muchas y muy reconcentradas pasiones. La pobre puso las apariencias del lado de las calumnias.

Su propio espíritu democrático y cierta propensión á bajar la perdieron. Gustaba de reducirse y encerrarse en el hogar de los plebeyos, como si el sentimiento de la igualdad

y el amor á la naturaleza que despertara el filósofo ginebrino en todos los carazones, hubiera apresado su alma. Cuando sus predecesores construyeron el aparatoso y colosal Versalles, no pudiendo con tanta grandeza, se encerraron en el Trianón, que reduce ya las regias estancias á menor espacio. Pareciéndole el Trianón demasiado grande, se encerró María Antonieta en el Trianoncillo, una especie de casa de vecindad, semejante en todo á las casas de los plebeyos. Allí, en aquellos magníficos, pero nefastos jardines, que rodean la casa bajo los árboles plantados por los primeros botánicos del tiempo, á orillas de los estanques y de los lagos, se descubre la cabaña, el aprisco, la lechería, el molino de harina, los sitios donde instintivamente consagraba en su imprevisión aquella mujer la nueva edad del trabajo que reemplazaba á la guerra y que traía consigo una democracia contraria de todo en todo á los Reyes y á sus antiguos privilegios. ¡Cuántas veces, paseándome triste y melancólicamente por aquellos sitios, he creído verla á través de la enramada, con su traje de pastora, su sombrero de paja, su bastón nudoso en la mano, seguida de damas y galanes igualmente vestidos fingiendo la vida tranquila del campo desde las alturas vertiginosas del trono! En ciertas épocas, todos los caminos conducen á la perdición de las monarquías. Aquellas confianzas con sus agentes, aquellas fiestas pastoriles, aquel abandono de la regia etiqueta, sólo servían al cabo para fomentar la calumnia y acelerar la perdición. Bien es verdad que sus palabras contribuían, más que ninguna otra cosa á su descrédito. ¡Cuántas veces tenían que reñirle su madre y sus hermanos! ¡Cuánto no la reconvinó el Emperador José por haber sabido que comparaba al rey con Vulcano y se quejaba de que Vulcano solía olvidarse mucho por las noches de Venus! Y, sin embargo, historiadores tan grandes, pero tan crueles, como Michelet, que penetra en la ciencia de lo pasado con las pasiones de lo presente, reconocen su castidad y la proclaman fidelísima esposa. El conde de Artois fué su amigo, Coligny su pedagogo, Fersen su caballero, á la manera purísima que Don Quijote fué el caballero de Dulcinea, Lanzun capricho platónico de sus aficiones al ruido, al cuento, á la moda, á la elegancia; ninguno fué su amante. Mas, ligera siempre, sus ligerezas la desacreditaban. Se empeñó en que había de consentirse la representación de la comedia de Beaumarchais, el «Figaro.» A pesar de la resistencia del rey, la comedia llegó á la escena bajo las protectoras alas de la reina. Antes de que la hubieran representado en público ya la representaban en secreto los caballeros de la corte, los amigos de María Antonieta. Y, ¡qué escándalo el día de su representación! La multitud se agolpaba en tanto número á las puertas del teatro, que muchas personas murieron asfixiadas, como en el terrible día de las regias bodas. Y la Condesa, olvidada por su marido era la Reina misma: el Conde olvidadizo era el mismo Rey; y el hijo de Gauso el Delfín. Su moral dramática se reducía á esto: «vivamos, ¿quién sabe si el mundo vivirá dentro de seis semanas?» Contra la aristocracia hervía esta palabra: «para brillar se han tomado el trabajo de nacer.» Contra los ministros, y sobre todo, contra el ministro de Hacienda, esta otra: «Se-

necesitaba un hacendista y han nombrado un bailarín». El público se aglomeraba desde el amanecer á las puertas del teatro para asistir á la representación que debía verificarse por la noche. Cada palabra dirigida contra la Reina, contra el Rey, contra los príncipes, producía un verdadero escándalo de gritos entusiastas, de aplausos, de risas, de injurias entrecortadas de palabras ofensivas. Muchas de las frases eran repetidas dos ó tres veces á petición del público, que las aplaudía, y con regodeos malignos del actor, que las recalcaba. En el patio de aquellos teatros se hubiera podido recoger á manos llenas la aérea materia de pensamientos vagos que formaban ya el germen y el comienzo de la revolución. El Rey, avergonzado de su debilidad, envió al autor á la prisión de San Lázaro. Semejante imprudencia no hizo más que aumentar la popularidad de aquel Aristófanes de la decadencia y la impopularidad de aquel Rey extraviado, cuando más necesitaba de la resolución, en las zozobras de la incertidumbre. Tenía la infeliz el vértigo providencial de todos los Reyes. Contemplemos un poco los idilios antes de ver las tragedias, contemplémoslos. Contemplad á María Antonieta un momento cuando era feliz en su santuario de Versalles. Jardines tan grandes como los términos mayores de las primeras ciudades la rodean, y los árboles, recortados y arreglados y contrahechos, como los palaciegos, parece que se inclinan á agasajarla y rendirle vasallaje con grandes reverencias; innumerables palacios se agrupan en torno de su inmenso palacio, el cual ha costado tres millones de reales; sesenta damas con tontillos, que tienen ochenta pies de circunferencia, según refiere Avelino en su *Historia de Francia* por estampas, caben en los marmóreos escalones de aquellas gigantescas escaleras; ejércitos de estatuas de mármol y de bronce se elevan acá y allá como cortesanas inmóviles; cortejos innumerables de damas y caballeros, con sus terciopelos, sus bordados, sus encajes, sus brocados, pululan por todas partes; cuatrocientos sesenta y nueve personas se hallan adscritas á su servicio y ochenta al servicio de su hija; más de nueve mil soldados le dan guardia; cien suizos uniformados con los artísticos trajes del siglo XVI marehan delante de su carroza; en un viaje á Marly ó Fontainebleau gasta quinientas mil libras, quinientas personas se mueven cuando ella se traslada de un punto á otro punto; una información de limpieza de sangre que llegue hasta el 1.400 se necesita para acercarse á su presencia; los suelos que pisa están cubiertos de alfombras; las bóvedas, bajo cuyas líneas pasa, llenas de amores con sus alas extendidas, que parecían próximas á volar en torno de la regia frente; los que antes iban á las guerras feudales, á las conquistas de Jerusalén, á los grandes conflictos con Inglaterra, van ahora á su despertar, á su vestir, á la comida, donde para cada vaso tiene tres pajes, al juego, á la caza, que se parece á una guerra horrible, al teatro resplandeciente, al salón de baile, en que han llovido los diamantes y las perlas, á todos los actos de la vida exaltados como los actos de la vida de una diosa. Allí brillaba con su rico guardapié, su largo manto, su banda, sus funestos collares, su cabellera empolvada y cubierta de plumas, sus botas con tacones altísimos, sus